



Cuadernos de Pensamiento N° 33  
Número monográfico sobre Karol Wojtyła/san Juan Pablo II  
en el centenario de su nacimiento. Volumen 2.

Año: 2020

DOI: <https://doi.org/10.51743/cpe.61>



*El límite impuesto al mal: La Misericordia de Dios  
en Juan Pablo II*

*The limit imposed on evil: The Divine Mercy  
in John Paul II*

EMILIO GARCÍA-SÁNCHEZ  
Universidad CEU Cardenal Herrera

“Vencieron al Dragón... gracias a la Sangre del Cordero”.  
(Ap 12, 11)

“...porque su Bondad no tiene límites. Todo pasará, pero su Misericordia no tiene límites ni fin; si bien la maldad llegue a llenar su medida, en la Misericordia no hay medida”.  
(Faustina Kowalska, *Diario*, 423)

RESUMEN: Juan Pablo II ha sido testigo de uno de los periodos más dramáticos de la historia de la humanidad. Experimentó en primera persona —incluso como víctima— el poder gigantesco que puede adquirir el mal en el mundo y cuya consecuencia más grave ha sido la muerte de millones de vidas humanas. Guerras mundiales, guerras fratricidas, totalitarismos, abortos, abusos, eutanasias, torturas físicas y morales, atentados terroristas, etc. Como él mismo manifestó no ha sido un mal de edición reducida, sino un mal que se ha servido de las estructuras estatales para llevar a cabo su obra nefasta, un mal elevado a sistema. Pero el *mysterium iniquitatis*

que representa esa abundancia de mal no ha conseguido, en el mismo mundo, destruir el bien, ni ha impedido su difusión ni su crecimiento. Más aún, el Papa proclamó con la fuerza de su vida y de su fe que, aunque el mal parezca invencible, nunca lo será porque tiene un límite que quiebra su potencia y que se llama misericordia. Aunque en un momento histórico parezca haberse concentrado la mayor maldad humana, al final, el mal entra en crisis total diluyéndose en una ola infinita de bien que lo supera y que se llama misericordia divina.

PALABRAS CLAVE: Juan Pablo II, Misericordia Divina, Faustina Kowalska

ABSTRACT: John Paul II has witnessed one of the most dramatic periods in the history of humanity. He experienced in the first person—even as a victim—the gigantic power that evil can acquire in the world and whose most serious consequence has been the death of millions of human lives. World wars, fratricidal wars, totalitarianisms, abortions, abuses, euthanasia, physical and moral torture, terrorist attacks, etc. As he said, it has not been a reduced edition evil, but an evil that has been used by the state structures to carry out his disastrous work, an evil raised to the system. However, the mystery iniquitatis that represents that abundance of evil has not managed to destroy the good in the same world, nor has it prevented its diffusion or its growth. Moreover, the Pope proclaimed with the force of his life and his faith that, although evil seems invincible, it never will be because it has a limit that breaks its power and is called *mercy*. Although in a historical moment it seems to have concentrated the greatest human evil, in the end, evil enters into total crisis, diluting itself in an infinite wave of good that overcomes it and is called *divine mercy*.

KEYWORDS: John Paul II, Divine Mercy, Faustina Kowalska

## 1. INTRODUCCIÓN

Inaugurado el tercer milenio y a cinco años de su muerte, a Juan Pablo II le urgía recordar la que conformó una de sus principales prioridades espirituales: la misericordia de Dios. Lo hará de un modo muy especial el 30 de abril del 2000 a través de la que sería la primera canonización del nuevo siglo XXI: una mujer, monja Cracoviana, conocida como la Apóstol de la

Divina Misericordia, Faustina Kowalska. La vinculación del Papa con esta santa fue muy personal. Wojtyła, al comenzar la II Guerra Mundial se trasladó a vivir con su padre a Cracovia, ciudad en la que Faustina pasó el último periodo de vida hasta su muerte y en donde está enterrada. La providencia quiso que como obispo, arzobispo y cardenal en Cracovia conociera de primera mano su vida y su mensaje. Él mismo la beatificó y canonizó. Intencionadamente hizo coincidir la ceremonia de su canonización con el primer domingo después de Pascua, llamado a partir de ese día el *Domingo de la Divina Misericordia*. Dispuso al mismo tiempo la providencia que el *dies natalis* de Juan Pablo II —2 de abril de 2005— coincidiera con la víspera de ese mismo domingo que él había dedicado a la misericordia, y a cuya celebración eucarística pudo asistir horas antes de morir. No deja de sorprender que hasta en el texto del *Regina Coeli* que dejó escrito y fue leído al día siguiente de su muerte, manifestara de modo póstumo el que sería su último mensaje sobre la misericordia: “¡Cuanta necesidad tiene el mundo de comprender y acoger la misericordia divina! [...] Jesús confío en ti, ten misericordia de nosotros y del mundo entero”<sup>1</sup>. La suma de todas estas coincidencias suscitó, tras su muerte, un enorme interés por el tema de la misericordia no solo en Polonia sino en el mundo entero.

Resulta difícil entender en profundidad el legado teológico y pastoral de Juan Pablo II sin el reconocimiento de ese programático mensaje que ha atravesado todo su pontificado. Como él mismo afirmó en 1997 en el Santuario de la Divina Misericordia en Lagiewniki (Polonia): “en cierto sentido, el mensaje de la divina misericordia ha formado *la imagen de mi pontificado*”<sup>2</sup>. La misma idea la repitió años atrás en otro santuario dedicado a la misericordia en *Collevalenza* (Italia): “Desde el comienzo de mi ministerio en la sede de Pedro en Roma, consideraba este mensaje de la misericordia como mi *tarea particular*”<sup>3</sup>. Y efectivamente, repasando toda su biografía, desde su nacimiento hasta su muerte, estudiando sus escritos, analizando sus obras

---

<sup>1</sup> S. JUAN PABLO II., *Regina Coeli*, 2-IV-2005.

<sup>2</sup> S. JUAN PABLO II, *Homilía en el santuario de la Divina Misericordia*. Cracovia-Lagiewniki, 7-VI-1997.

<sup>3</sup> S. JUAN PABLO II, *Homilía en el santuario del Amor Misericordioso*. Collevalenza (Italia), 22-XI-1981.

y encíclicas, cartas etc., se puede asegurar que ha constituido uno de los aspectos que más unidad ha dado a toda su vida y pensamiento espiritual<sup>4</sup>.

Con respecto a otros mensajes de su amplio magisterio, otorgarle a la misericordia esta preponderancia se debió al nivel de maldad humana alcanzado en el siglo XX. A la vista de los atentados contra la dignidad humana y estremecido por su extensión mundial e intensidad, Juan Pablo II quiso anunciar al mundo la necesidad de la misericordia como un grito que brota del corazón de la humanidad que reclama la paz. “¡Cuánta necesidad de la misericordia de Dios tiene el mundo de hoy! En todos los continentes, desde lo más profundo del sufrimiento humano parece elevarse la invocación de la misericordia. Donde reinan el odio y la sed de venganza, donde la guerra causa el dolor y la muerte de los inocentes, se necesita la gracia de la misericordia”<sup>5</sup>.

Siendo consciente de la desolación de la miseria y de la violencia que afecta a una parte importante de la humanidad, el Papa estaba convencido de que Dios no permitiría el predominio de la oscuridad del horror. Y la explicación estriba en el firme reconocimiento de la existencia de un “límite impuesto al mal por el bien divino que se llama misericordia”<sup>6</sup>. El mal nunca podrá ser vencido por un poder humano militar, político y social porque le resulta imposible franquear el muro de la potencia divina en forma de misericordia. El Papa manifestó que sentía como una misión especial recibida de Dios el difundir el mensaje de la misericordia: “la providencia me lo ha asignado en la situación contemporánea del hombre, de la iglesia y del mundo”<sup>7</sup>.

Apenas elegido, y tras su primera encíclica programática, *Redemptor Hominis*, sorprenderá a la Iglesia y al mundo con una segunda dedicada

---

<sup>4</sup> Cf. E. GARCÍA-SÁNCHEZ, “Estudio de la Misericordia divina en Juan Pablo II”, *Cuadernos doctorales de la facultad de teología*. Universidad de Navarra. Vol. 64/2016; C. SCHÖNBORN, *Hemos encontrado Misericordia. El misterio de la Divina Misericordia*. Palabra, Madrid, 2011, 21.

<sup>5</sup> S. JUAN PABLO II, *Homilía en el rito de consagración del santuario de la Misericordia divina*. Cracovia-Lagiewniki el 17-VIII-2002.

<sup>6</sup> S. JUAN PABLO II, *Memoria e identidad. Conversaciones al filo de dos milenios*, La esfera de los Libros, Madrid, 2005, 29 ss.

<sup>7</sup> S. JUAN PABLO II, *Homilía en el santuario del Amor Misericordioso*. Collevanza (Italia), 22-XI-1981.

monográficamente a la misericordia como atributo divino, la *Dives in misericordia*. Una “encíclica inesperada”<sup>8</sup> que traía ya pensada de su querida Cracovia: “El contenido de la encíclica *Redemptor hominis* lo traje conmigo desde Polonia. También las reflexiones de la *Dives in Misericordia* fueron fruto de mis experiencias pastorales en Polonia y especialmente en Cracovia. Porque en Cracovia está la tumba de Santa Faustina Kowalska, a quien Cristo concedió ser una portavoz particularmente inspirada de la verdad sobre la Divina Misericordia [...] Sor Faustina se convirtió en pregonera del mensaje de la Divina Misericordia, según el cual la única verdad capaz de contrarrestar el mal de estas ideologías es que Dios es Misericordia, la verdad del Cristo Misericordioso. Por eso al ser llamado a la sede de Pedro, sentí la necesidad imperiosa de transmitir las experiencias vividas en mi país natal, pero que son ya acervo de la Iglesia universal”<sup>9</sup>. Las dos primeras encíclicas conformarán un díptico teológico inseparable hasta que se publique *Dominum et Vivificantem*, con la que se cerrará, como él mismo dijo, una trilogía trinitaria<sup>10</sup>.

El actual Romano Pontífice, el Papa Francisco, ha querido hacerse eco de la importancia de este mensaje de la misericordia para la propia iglesia y el mundo actual. Por este motivo convocó un Año Santo, un Jubileo extraordinario dedicado a la Misericordia en el 2015<sup>11</sup>. El documento publicado como Bula de Convocación del Jubileo (*Misericordiae Vultus*), está atravesado por la doctrina teológica de la misericordia expuesta en la encíclica *Dives in Misericordia* y en el *Diario de Faustina Kowalska* a quien cita expresamente. Francisco ha querido retomar y relanzar esta verdad sobre Dios al inicio de su papado: “La Iglesia siente la urgencia de anunciar la misericordia de

---

<sup>8</sup> FRANCISCO, *Misericordiae Vultus. Bula de convocación del jubileo extraordinario de la misericordia*, 11-IV-2015, 11.

<sup>9</sup> S. JUAN PABLO II, *Memoria e identidad...*, op.cit., 17-18. Cf. S. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza & Janes, Barcelona 1994, 65.

<sup>10</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Anuncio de la publicación de la encíclica Dominum et vivificantem*. Plaza de San Pedro, Roma: “He preparado una Carta Encíclica sobre el Espíritu Santo [...]. constituye una trilogía con las encíclicas “*Dives in misericordia*” y “*Redemptor hominis*”, dedicadas al Padre y al Hijo. Se trata, por tanto, de una trilogía trinitaria”, 18-V-1986.

<sup>11</sup> FRANCISCO, *Misericordiae Vultus. Bula de convocación del jubileo extraordinario de la misericordia*, 11-IV-2015.

Dios. Ella sabe que la primera tarea, sobre todo en un momento como el nuestro, lleno de grandes esperanzas y fuertes contradicciones, es la de introducir a todos en el misterio de la misericordia de Dios, contemplando el rostro de Cristo. [...] Desde la intimidad más profunda del misterio de Dios, brota y corre sin parar el gran río de la misericordia. Esta fuente nunca podrá agotarse [...] porque la misericordia de Dios no tiene fin”<sup>12</sup>. pisoteo

No menos importancia concedió Benedicto XVI al mensaje de la misericordia. Desde el primer momento lo hizo suyo, queriendo expresamente recoger este testigo de su amado predecesor, y convertirse en un nuevo mensajero y portavoz de la misericordia. Desde la *misa exequial* oficiada por él siendo aún Cardenal, la *misa pro eligendo Romano Pontifice*, y en otras múltiples ocasiones se refirió expresamente a este mensaje nuclear del pensamiento de Juan Pablo II: “El misterio del amor misericordioso de Dios ocupó un lugar central en el pontificado de este venerado predecesor mío. Recordemos, de modo especial, la encíclica *Dives in misericordia*, de 1980, y la dedicación del nuevo santuario de la Misericordia divina en Cracovia, en 2002. Las palabras que pronunció en esta última ocasión fueron como una síntesis de su magisterio, poniendo de relieve que el culto a la Misericordia divina no es una devoción secundaria, sino una dimensión que forma parte de la fe y de la oración del cristiano”<sup>13</sup>.

## 2. TESTIGO DIRECTO DEL MAL Y EL SUFRIMIENTO

La vida y obras de Juan Pablo II se entienden en mayor profundidad si se analizan desde su intensa experiencia con el mal, el pecado humano, el dolor, el sufrimiento y la enfermedad. Cuando su secretario particular, el cardenal Dziwisz, le otorgó simbólicamente el título del “el papa de los que sufren”<sup>14</sup> lo hacía conociendo de primera mano la vida de un hombre atrave-

---

<sup>12</sup> *Ibid.*, 25.

<sup>13</sup> BENEDICTO XVI, *Regina Coeli en el Domingo de la Divina Misericordia (Roma)*, 23-IV-2006

<sup>14</sup> S. DZIWISZ., C.DRAZEK., R. BUZZONETTI, *Lasciatemi andare. La forza della debolezza di Giovanni Paolo II*. San Paolo Edizioni, Alba (Italia) 2006, 48.

sada por la experiencia del mal moral y el mal físico. También así lo testimonió Benedicto XVI al poco de sucederle, recordando que Juan Pablo II siempre habló al mundo desde la catedra del sufrimiento y el silencio. Sus interpretaciones sobre el sufrimiento nunca fueron el resultado de una teoría teológica o filosófica, sino fruto maduro a lo largo de su trecho personal de sufrimiento<sup>15</sup>.

Desde su nacimiento hasta su muerte, su biografía está atravesada por el sufrimiento. A la edad de nueve años quedó huérfano de madre a la que recordaría siempre como su «amor apagado»<sup>16</sup>. Su hermano mayor, Edmund, murió de escarlatina con veintiséis años y su padre falleció a los sesenta y uno. Como dice uno de sus biógrafos: “Wojtyla es fruto de grandes tragedias personales, de sufrimientos y soledades, ya que perdió a toda su familia antes de cumplir veintiún años. [...] Inevitablemente las tragedias de su familia moldearon el carácter de Wojtyla como hombre y como sacerdote”<sup>17</sup>. La convivencia a solas con su padre le permitió ir profundizando en la paternidad espiritual y en la misericordia divina, personificada en los cuidados de su padre hacia él<sup>18</sup>. Hablaba de su padre con admiración, una persona excepcional, golpeado también por el sufrimiento y que influyó de modo decisivo en sus años de juventud. No sorprende que su vivencia íntima de la misericordia de su padre influyera hasta el punto de querer dedicar unas de sus más importantes encíclicas a la figura del Padre *Rico en misericordia*<sup>19</sup>. En medio de bombardeos sobre Cracovia tuvo que huir con su padre de la ciudad, pero este, agotado, no resistió el viaje y han de volver. Bajo la ocupación, su padre pierde su pensión militar y el Papa tiene que ponerse a trabajar de repartidor. Más tarde, gracias a unos amigos consiguió un puesto en una fábrica de productos químicos llamado *Solvay*. Este empleo le permitió no ser deportado a campos de concentración, pero vivió una larga temporada con la insidiosa sospecha de la detención<sup>20</sup>.

---

<sup>15</sup> Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 22-XII-2005.

<sup>16</sup> WOJTYLA, K., *Poesías*. BAC. Madrid, 1982, 94.

<sup>17</sup> T. SZULC, *El Papa Juan Pablo II*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1995, p.17.

<sup>18</sup> G. WEIGEL, *Biografía de Juan Pablo II. Testigo de esperanza*, Plaza & Janes, Barcelona, 1999, 523.

<sup>19</sup> S. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 1980.

<sup>20</sup> P. GÓMEZ BORREGO, *Adiós, Juan Pablo, Amigo*, Plaza y Janes, Barcelona, 2005, 91.

Durante la II Guerra Mundial fue testigo y víctima de los atentados y torturas perpetradas contra su propio país, Polonia, en donde perdieron la vida más de seis millones de compatriotas<sup>21</sup>. En el periodo de la ocupación nazi tuvo que vivir clandestinamente siendo ya seminarista, escondiéndose de registros, redadas y sorteando detenciones de otros seminaristas, sacerdotes y religiosos, algunos de los cuales acabaron muriendo en Auschwitz<sup>22</sup>. Tras este conflicto mundial, de nuevo vuelve a sufrir por su país y en su propia vida debido a la imposición del sistema comunista, siendo testigo directo del atropello de los derechos humanos a todo aquel que se opusiera al régimen. “Se trata de por lo general de eliminaciones en sentido físico, pero a veces también de eliminaciones en sentido moral: la persona quedaba impedida en el ejercicio de sus derechos”<sup>23</sup>. Sus años de ministerio sacerdotal y episcopal coincidieron con el periodo de persecuciones en razón de las convicciones religiosas, con acciones dirigidas desde el estado para limitar la actividad de la iglesia católica en Polonia. Juan Pablo sobrevivió a dos de los sistemas totalitarios más crueles de la historia de la humanidad: el nazismo y el comunismo. Finalmente, también resistió a un casi mortal atentado terrorista en la plaza de San Pedro, el 13 de mayo de 1981. Estaba completamente convencido de que gracias a una especial protección divina no fue aniquilado en ese momento y, además, se sintió particularmente rescatado en cada una de las ocasiones en las que, a lo largo de su vida, estuvo al borde de la muerte. Tras una larga enfermedad sobrellevada con una heroicidad y fortaleza que impactó al mundo, cayó en manos de la Misericordia<sup>24</sup> en abril del 2005.

### 3. EL ECLIPSE DE LA PATERNIDAD EN LA MODERNIDAD

El pensamiento filosófico y teológico desarrollado por Juan Pablo II, apoyado en su experiencia vital, contribuyó a definir la causa encerrada en las

---

<sup>21</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Homilía en el campo de concentración de Brzezinka*, 7-VI-1979, n.2.

<sup>22</sup> Cf. P. GÓMEZ BORREGO, P., *Adiós, Juan Pablo, Amigo*, Plaza y Janes, septiembre 2005, 91.

<sup>23</sup> S. JUAN PABLO II, *Memoria e identidad*, op.cit., 22.

<sup>24</sup> Cf. BENEDICTO XVI, *Regina Coeli en el Domingo de la Divina Misericordia (Roma)*, 23-IV-2006.

fuerzas del mal que operaban en el mundo y cuya peor manifestación consistió en el desprecio de la dignidad humana hasta límites insospechados: guerras, genocidios, abortos, eutanasias, torturas físicas y morales, deportaciones, prostitución, trata de blancas y de jóvenes, abusos sexuales, condiciones laborales infrahumanas, etc.

Entre otras, el Papa asienta la causa en una crisis profunda efectuada en el propio concepto de paternidad divina que conduce a su eclipse y al ulterior olvido de uno de sus principales atributos: la misericordia<sup>25</sup>. De distintos frentes filosóficos, sociales y psicológicos, se ha ido construyendo y difundiendo la idea de que la figura humana del padre – reproducción y reflejo de la paternidad de Dios– constituye una amenaza real para la libertad y la felicidad humanas. A través de una elaboración de origen marxista, nietzscheana y freudiana, se publica la gran teoría de desprestigio del padre. Negada la existencia de Dios, el segundo asalto del ateísmo moderno se dirigió hacia el padre y sus propiedades esenciales. El eclipse de Dios anunciaba en su forma más práctica e inmediata el eclipse de la paternidad. El objetivo consistió en anular al padre tachándolo de opresor, castigador, abusador y culpable de la represión a la que muchas personas se han visto sometidas. El padre como representación de Dios es acusado de ser el gran tirano de la historia, un adversario en quién desconfiar que ha sometido al hombre y a la mujer a sus dictados negándoles su libertad.

En la familia, expresamente, la paternidad ha sido fuertemente censurada, acusándola de patriarcado masculinizante al ejercer un dominio subyugador y autoritario sobre sus hijos e hijas. Las corrientes psicoanalíticas —sobre todo Freud, Althusser— han establecido la existencia de una lucha dialéctica edipiana y de rivalidad paterno/filial que impediría la correcta maduración del niño<sup>26</sup>. Como consecuencia, según ellos, el niño al ir creciendo hacia la adolescencia va proyectando psicológicamente sobre Dios esa imagen del padre maltratador, un adversario frente a los demás, en especial frente a su madre. Por tanto, proponen liberarse del padre para salir de la represión,

---

<sup>25</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, n.11.

<sup>26</sup> Cf. J.M. ROVIRA, «La teología del Padre», en *Scripta Theologica* 20 (1988), 508; también Cf. P.J. Cordes, *El eclipse del padre*. Madrid: Palabra, 2003; A. Vergote, *Psychologie religieuse*, Ch. Dessart Editeur: Bruxelles, 1966.

formalizándose de este modo unas de las principales prescripciones freudianas. Incluso se llega a defender que la idea de un padre misericordioso, providente y grande, es fruto de un sueño ilusorio que surge durante la etapa infantil en la que el niño necesita ser provisto de seguridad<sup>27</sup>. Por otra parte, a la paternidad humana se le va asignar particularmente una justicia castigadora y negadora del perdón ante el mal cometido.

En definitiva, los graves defectos y carencias encontradas en los malos padres se proyectan directamente sobre Dios. Se elimina el misterio del Padre y de su bondad al recluirlo en el peor rostro e imagen humana de la paternidad<sup>28</sup>. El desprestigio del padre presiona al hombre para que “sienta la tentación de imaginar a la divinidad con rasgos antropomórficos que reflejan demasiado el mundo humano”<sup>29</sup>, incluyendo también rasgos como la ira, y la maldad que el hombre ha experimentado en adversas situaciones en su relación paterno-filial. Se funda una clara sospecha sobre la bondad y misericordia de Dios como Padre que va a contribuir a su alejamiento y desconexión.

De todas formas, la expulsión del padre de la vida humana no es original de la modernidad sino un fiel reflejo —que atraviesa la historia— de lo sucedido originariamente en el Edén con Adán, Eva y la serpiente. Es la historia de siempre que se repite en el hoy. El pecado de entonces como el de ahora, consistió en expulsar del Paraíso no a los hombres ni a la serpiente sino a su propio Creador y Padre, apropiándose del *Árbol del Conocimiento y del Bien y del Mal* y del *Árbol de la Vida*. Allí empezó el eclipse de la paternidad; allí, en el Edén, el hombre emprendió la huida de Dios, escondiéndose de su rostro misericordioso. Como aseguraba el Papa, el espíritu y misión del diablo ha consistido precisamente en ir generando en el corazón del hombre la desconfianza hacia el Padre, mostrándolo finalmente como su enemigo<sup>30</sup>.

También el Papa contempla en el hermano mayor de la parábola del hijo pródigo otra manifestación icónica de esa desfiguración de la misericordia

---

<sup>27</sup> Cf. J.M. ROVIRA, «La teología del Padre», op.cit., 519-522; también Cf. P.J. CORDES, *El eclipse del padre*. Madrid: Palabra, 2003; A. VERGOTE, *Psychologie religieuse*, Ch. Dessart Editeur: Bruxelles, 1966.

<sup>28</sup> Cf. E. GARCÍA-SÁNCHEZ, “Estudio de la Misericordia divina en Juan Pablo II”, op.cit., 329.

<sup>29</sup> S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 13-I-1999, n.1.

<sup>30</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, 38.

paterna. A ella se llega cuando se ha vivido durante tiempo con una actitud farisaica y cumplidora. El hermano mayor ha alimentado interiormente una idea de Padre legalista y exigente con el deber. Siendo el mismo Padre misericordioso para ambos hermanos, al mayor le repugna esa ternura y perdón concedida a su hermano, al que juzga con impiedad. Hubiera preferido su muerte o una justicia sin misericordia, entendida esta última como una debilidad de Dios hacia el pecador. Se trata de una postura muy nietzscheana que considera la compasión como un rasgo de inferioridad por parte de Dios, que ha fundado una religión para débiles. En el hermano mayor se fue diluyendo paulatinamente el rostro misericordioso de su padre del que acabó distanciado. No fue capaz de entender el perdón divino ni que la bondad paterna y su compasión estuvieran por encima de la justicia<sup>31</sup>. Sin duda, la figura del hermano mayor evidencia que el eclipse de la paternidad acaba en el eclipse de la fraternidad. Como recuerda la historia bíblica, tras la caída original y la separación del Padre, tiene lugar el primer fratricidio de la humanidad: la muerte de Abel a manos de su hermano Caín. Así ha quedado reflejado en tantos asaltos a la dignidad humana: la separación de Dios acaba en la separación y el desprecio de los demás.

A la vista de este grave eclipse se entiende que Juan Pablo II se propusiera con urgencia la reconstrucción del Padre como uno de sus cometidos teológicos y pastorales más importantes. Su segunda encíclica programática dedicada a Dios Padre "*Rico en Misericordia*" constituye un proyecto de reparación del daño hecho a la figura del Padre a lo largo del siglo XX. Desde el inicio de su pontificado el Papa hizo frente a los postulados ateístas y anticristianos negadores de *la religión del Padre*<sup>32</sup>. Parte de su misión consistirá en hacer brillar de nuevo el rostro misericordioso de Dios Padre a través de su Hijo.

---

<sup>31</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 38: «la generosidad suscita contrariedad y envidia en el hermano mayor»; también Cf. *Dives in misericordia*, 39: «[...], aquella generosidad que indignará tanto al hermano mayor»; S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 8-IX-1999, n.4: «el hermano mayor hubiera aconsejado la severidad de un castigo adecuado, antes que una plena reintegración en la familia».

<sup>32</sup> P. MARTÍ DEL MORAL, *El rostro del amor. Misericordia, perdón y vida*. Rialp, Madrid 2016, 15.

#### 4. LA PÉRDIDA DEL SENTIDO DEL PECADO Y SU EXCULPACIÓN MORAL EN EL HOMBRE

El encadenamiento ateísta, negar primero Dios y a continuación su paternidad, culmina en un último escalón trascendente: la pérdida del sentido y la conciencia del pecado. Significa la última consecuencia del eclipse de la paternidad que conducirá a la negación objetiva del mal moral y, por tanto, a la anulación de la dignidad humana. Sostienen que liberarse del padre, entre otras cosas, consiste en liberarse de todo aquello que el hijo recuerda que había hecho mal, lo prohibido por imposición paterna, lo que nunca debía hacerse, aunque apeteciera. En definitiva, la desaparición del Padre se traduce en la emancipación moral para conseguir la mayoría de edad y obtener la licencia para obrar el mal, pero ya sin castigo y sin culpa porque el Padre ha dejado de existir.

Si el eclipse del Padre acaba en su muerte, la consiguiente emancipación moral acaba en otra muerte: la de la conciencia humana. La negación de la paternidad divina y la desobediencia a sus preceptos resulta inseparable de la pretensión humana de convertirse en la única fuente autónoma y exclusiva del bien y del mal<sup>33</sup>.

Como afirmó Pío XII<sup>34</sup> y luego repitió Juan Pablo II<sup>35</sup> este es el gran pecado de nuestro siglo, la pérdida del sentido del pecado que deriva de la pérdida más radical y más escondida del sentido de Dios. La anulación de la conciencia constituirá, moralmente hablando, la consecuencia más grave de todas: el mal quedará abocado a su banalización. Y es entonces, cuando se alcanzará el mayor nivel de maldad posible: hacer el mal pensando objetivamente que se ha hecho un bien. Ni siquiera se detiene en las consecuencias de los actos. Además, la posible autoría del mal quedará disuelta en las estructuras sociales, en un sistema burocrático de órdenes y obligaciones. Resulta fácil recordar en este momento las reflexiones que la filósofa judía

---

<sup>33</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, 36.

<sup>34</sup> Cf. Pío XII, *Radiomensaje al Congreso Eucarístico Nacional de los Estados Unidos de América en Boston*, 26-X-1946: *Discursos y radiomensajes*, VIII (1946) 288.

<sup>35</sup> S. JUAN PABLO II, *Discurso a los Cardenales y a los miembros de la Curia Romana con motivo de las felicitaciones navideñas*, 23-XII-1982, n.5; *Evangelium vitae*, 21.

Arendt elaboró sobre la banalidad del mal cuando asistió perpleja a los juicios de Eichmann en Jerusalén<sup>36</sup>.

En este contexto amoral el mayor atrevimiento deshonoroso del hombre consistirá en exigirle a Dios que admita de una vez por todas que ha dejado de ser Padre, y que, por tanto, el pecado ya no existe. La conclusión es una paradigmática revolución moral consistente en no imputar el mal moral a nadie. Serán las mismas corrientes de pensamiento marxista, nietzscheana y freudiana que atacan la religión del Padre, las encargadas de hacer desaparecer la culpa, vaciando de sentido y significado el perdón que a partir de entonces resultaría innecesario. Según ellas el ejercicio de la paternidad aliena y debilita al hombre al convertirlo en esclavo de su propia culpabilidad, una culpa que distorsionarán psicológica y sociológicamente para hacer derivar de ella un daño mental en el hombre<sup>37</sup>. Marx y Engels llegaron considerar como una degradación humana el acto propio de arrepentimiento, tildándolo de inmoral al hacer arrodillarse a la dignidad humana: algo insoportable, una abyección infinita<sup>38</sup>. Insistirán en narcotizar la conciencia, insensibilizarla ante el pecado para en definitiva hacerlo desaparecer y, por consiguiente, dejar de justificar el arrepentimiento. La pérdida del sentido del pecado conduce a una paulatina pérdida de la conciencia del significado de la misericordia y el sentido del perdón. La justificación del pecado cometido a través de una conciencia satisfecha de sí misma considera una humillación tener que implorar de otro- en este caso Dios- el perdón. Interpretarán la misericordia como una imposición externa, como si dependiéramos de ella.

Pero contra esta visión errónea saldrá al paso Juan Pablo II con rotundidad afirmando que: “No hay nada tan personal e indelegable como la responsabilidad de la culpa”<sup>39</sup>. Advertirá del peligro por parte de “algunos de convertir el pecado en una expresión vacía detrás de la cual no deben verse

---

<sup>36</sup> Cf. H. ARENDT., *Eichmann en Jerusalén, un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen, 2000.

<sup>37</sup> Cf. J.M. ROVIRA, «La teología del Padre», op.cit., 519-522; P.J. CORDES, *El eclipse del padre*. Madrid: Palabra, 2003.

<sup>38</sup> Cf. K. MARX – F. ENGELS., *La sagrada familia*. Ed. Akal, Buenos Aires, 1971, 214.

<sup>39</sup> S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 3, 28-III-1984, n.3.

más que mecanismos psicológicos desviados que podrían normalizarse mediante un oportuno tratamiento terapéutico”<sup>40</sup>.

## 5. EL OLVIDO DE LA NATURALEZA FILIAL DEL HOMBRE

La desaparición de la idea de Padre asociada a Dios desemboca en una crisis de la filiación en el hombre. Huérfano de padre, el hombre deja de ser y sentirse hijo y hermano de los otros. Puntualiza el Papa que ese hombre entonces desiste de reconocerse asimismo y a los demás como criatura de Dios —hijos de Dios— perdiendo el sentido de la filiación divina, es decir, el fundamento último de la dignidad humana<sup>41</sup>. El eclipse de la paternidad es el eclipse de la filiación, la renuncia a ser realmente un hijo. Al no asumir esa verdad sobre su identidad y naturaleza rechaza haber sido ser creado, autoproclamándose asimismo como su propio creador, su propio dios para dominarlo todo. Pero a la vista de la historia, esta soberbia y divinización humana se encarnará en un dios transformado en el peor de los dioses, en el peor de los padres y en el peor de los hijos de Dios. Exactamente lo contrario de Dios: el Anti Dios que al expulsar a Dios del Paraíso convertirá a este en el infierno<sup>42</sup> tal y como la historia reciente ha testificado.

Ciertamente, se proclama la entronización de un nuevo ser, un nuevo, aunque *falso* padre en quien confiar y a quien adorar. Es la suplantación del *Padre de la Verdad* por el *Padre de la Mentira*<sup>43</sup>, declarado el antiverbo, el icono de la antipaternidad. Como afirmó el Papa: “Satanás injerta en el ánimo del hombre el germen de la oposición a aquél que desde el principio debe ser considerado como enemigo del hombre y no como Padre”<sup>44</sup>. De este modo, cuando el hombre decide seguir al *Padre de la mentira* se sitúa contra

<sup>40</sup> S. JUAN PABLO II, *Reconciliatio et paenitentia*, 18; S. JUAN PABLO II, *Homilía en la celebración del Solemne Jubileo del Año Santo de la Redención con los obispos italianos*, 14-IV-1983, n. 3.

<sup>41</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 35.

<sup>42</sup> Cf. E. GARCÍA-SÁNCHEZ, “Estudio de la Misericordia divina en Juan Pablo II”, op.cit., 326.

<sup>43</sup> *EV. JN* 8, 44.

<sup>44</sup> S. JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, 38.

el *Padre de la vida* (El árbol de la vida) y contra *el Padre o el Espíritu de la verdad* (El árbol del conocimiento del bien y del mal)<sup>45</sup>. De la rebelión contra un Padre Creador y Misericordioso emerge lo opuesto a la esencia misma de la misericordia, a los sentimientos de la piedad y compasión paternas. Por eso se puede asegurar que en el origen de todo pecado está la insensible separación de un hijo de su padre a quien no quiere. Y es justamente ahí donde se ubica la entraña del pecado y la de todas sus nefastas consecuencias: en la muerte del Padre y la consiguiente negación de la identidad filial<sup>46</sup>. La crisis en la filiación divina toca nuclearmente el sentido de la misericordia porque la creación del hombre y el acto mismo por el que Dios le hace hijo suyo, es ya un acto de amor y de misericordia que incluye el perdón del pecado original.

## 6. EL ECLIPSE DE LA MISERICORDIA Y EL PERDÓN

El ocaso del Padre conducirá a muchos a la pérdida de la esperanza en que aún pueda quedar lugar para el perdón tras los crímenes cometidos. Sin la posibilidad del perdón no hay esperanza de salvación. De algún modo, ante tanto mal, algunos acaban asumiendo que no es posible que haya tanta misericordia en Dios capaz de perdonar tanta maldad humana. Dado que sin Dios ya no hay Padre, tampoco hay misericordia ni perdón. Entonces, piensan, ¿para qué implorarlo? Este constituye el gran drama del hombre moderno: negar a Dios —eclipsando su paternidad—<sup>47</sup> para a continuación pisotear al hombre —su dignidad y sus derechos— y quedar finalmente en un estado de desesperación ante la imposibilidad de acceder al perdón. Incluso algunos deformando y dañando aún más la misericordia de Dios Padre, verán en las catástrofes naturales, las guerras, las enfermedades...no solo la ausencia o el olvido divino sino su castigo como consecuencia de los pecados<sup>48</sup>.

Como subraya el Papa, arrancar del corazón humano la idea misma de la

---

<sup>45</sup> *Ibid.*, 39

<sup>46</sup> Cf. P. MARTÍ DEL MORAL, *El rostro del amor*, op.cit.,76.

<sup>47</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Evangelium vitae*, n. 21.

<sup>48</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 4-VI-1986, n.5.

misericordia conduce a la renuncia final a ser perdonado<sup>49</sup>. Pero es entonces cuando el alma humana se adentra en el mayor de los abismos porque de este modo está negando la redención obrada por Jesucristo, vaciando de contenido toda la historia de la salvación. La imposibilidad del perdón caricaturiza el esplendor de la misericordia que tuvo lugar en el Calvario. La obstinación y la persistencia en el mal unidas a la oposición a ser perdonado ¿no esto es ya el infierno para el hombre viviendo en la tierra? Asegura el Papa que se llega así “a la condición de ruina espiritual, dado que la blasfemia contra el Espíritu Santo no permite al hombre salir de su autoprisión y abrirse a las fuentes divinas de la purificación de las conciencias y remisión de los pecados”<sup>50</sup>. El rechazo radical a convertirse tiene como resultado la fatalidad inexorable, el suicidio espiritual al cegarse el origen mismo de la vida. El hombre se instala en un estado permanente de indigencia del que por sí solo no puede salir. La angustia metafísica penetra en la fuente misma del deseo de vivir<sup>51</sup>, y el rechazo definitivo de la misericordia conforma un estado de infelicidad y de soledad en el que hombre no quiere ser salvado. Judas representa muy bien esta desesperación cuando pensó que su pecado era demasiado grande para ser perdonado.

Como afirman algunos santos, la mayor ofensa contra Dios que se puede cometer es precisamente negar la posibilidad de su misericordia y perdón<sup>52</sup> sobre el hombre, porque supondría negar que Dios es amor, es decir, que no es Dios<sup>53</sup>.

En conclusión, las dolorosas consecuencias del eclipse de la paternidad y de la misericordia empujaron al Papa a apelar constantemente al Dios de la misericordia con fuertes gritos<sup>54</sup>.

---

<sup>49</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 48; S. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 100. También Cf. S. JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, 104.

<sup>50</sup> S. JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem*, 46.

<sup>51</sup> Cf. E. GARCÍA-SÁNCHEZ, “Estudio de la Misericordia divina en Juan Pablo II”, op.cit., 331.

<sup>52</sup> Cf. J. SESÉ, *En intimidad de amor con Dios. Reflexiones sobre la filiación divina y la vida espiritual, desde la enseñanza de los santos*. Ediciones Cristiandad, Madrid 2018, 143ss.

<sup>53</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* 7: “la misericordia es el segundo nombre del amor”.

<sup>54</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Homilía en Cracovia*, 7-VI-1997, n.4.

## 7. LA VICTORIA FINAL DE LA MISERICORDIA: EL LÍMITE IMPUESTO AL MAL<sup>55</sup>

Nunca antes en la historia de la humanidad se había producido un exterminio de vidas humanas tan violento y despiadado. La acumulación de crímenes contra Dios y contra el hombre no tiene parangón. Incontables los efectos del mal: guerras mundiales, guerras fratricidas en numerosos países, revoluciones comunistas, gulags, los genocidios, atentados terroristas y la falta de respeto a la vida humana. El siglo de Juan Pablo II ha quedado herido de modo particular por el misterio de la iniquidad. La civilización y cultura actual han alcanzado los niveles más altos de degradación moral.

En respuesta a este funesto panorama, fueron constantes los lamentos, aclamaciones y escritos<sup>56</sup> del Papa para condenar estos atentados contra la vida humana y frenar esa escalada de mal deshonrosa que oscurece la paternidad de Dios y su misericordia. Como hemos comentado, el desequilibrio moral hunde sus raíces en un corazón humano gravemente lastimado al separarse del corazón de Dios y “no dejar espacio a su misericordia”<sup>57</sup>. La cultura de muerte de vidas humanas solo puede entenderse si ha sido precedida de una cultura de la muerte de Dios, porque parafraseando a Dostoyevski, solo si Dios no existe y ha muerto todo está permitido<sup>58</sup>, y por tanto la vida carece de dignidad.

Casi al final de su vida, Juan Pablo II reflexionando sobre el siglo terminado no podía dejar de mostrar su profunda impresión por el espectáculo nefando del poder del mal: “no ha sido un mal de edición reducida. Ha sido un mal de proporciones gigantescas, un mal que se ha servido de las estructuras estatales para llevar a cabo su obra nefasta, un mal elevado a sistema”<sup>59</sup>.

Pero en medio de esta ola de mal, este nuevo Papa apareció como un hombre enviado de Dios para recordarle al mundo que el mal —el peca-

---

<sup>55</sup> S. JUAN PABLO II, *Memoria e identidad*, op.cit., 73.

<sup>56</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis; Dives in Misericordia; Evangelium vitae; Veritatis Splendor*.

<sup>57</sup> S. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, n.7.

<sup>58</sup> F.M. DOSTOIEVSKI, *Los hermanos Karamázov*, Cátedra, Madrid 82005, 160.

<sup>59</sup> S. JUAN PABLO II, *Memoria e identidad*, op.cit.73.

do— no puede tener la última palabra: “el *mysterium iniquitatis* no tiene la última palabra en los avatares humanos”<sup>60</sup>. El Papa se ha convertido en una de las personas de nuestro tiempo que de manera más persuasiva, ha defendido con su vida y la fuerza de su fe que la última voz sigue siendo la de la infinita misericordia de Dios y el perdón: “la última palabra no es la muerte, sino la victoria de Dios sobre la muerte”<sup>61</sup>. Aunque el mal parezca invencible no lo es porque tiene un límite que quiebra su potencia y que se llama misericordia divina. Toda la concentración del pecado humano entra en crisis total y se diluye en otra ola aún mucho más grande que el mal: la misericordia.

Benedicto XVI al poco de ser elegido testimonió al igual que su predecesor e influido fuertemente por él que “a la violencia, a la ostentación del mal se opone, en la historia —como el totalmente otro de Dios, como el poder exclusivo de Dios—, la Misericordia divina. El cordero es más fuerte que el Dragón”<sup>62</sup>.

Juan Pablo II, particularmente inspirado por el mensaje de la mística Santa Faustina Kowalska, afirmó que la esencia de la misericordia manifestada en el misterio pascual de Cristo revela propiamente su triunfo sobre el mundo: “el bien vence al mal, la vida es más fuerte que la muerte, el amor de Dios es más fuerte que el pecado y que todo mal”<sup>63</sup>. Sin duda, aunque el mal persista y se difunda, la victoria de la divina misericordia sobre el mal es aún mayor y se ha extendido por todo el mundo, siendo para muchos una fuente de esperanza.

<sup>60</sup> S. JUAN PABLO II, *Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz*, 1-I-2002, n.1

<sup>61</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 14-V-2003, n.3; S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 19-IV-2000, n.1; S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 24-IV-2002, n.5: «Como siempre en la historia de la salvación, la última palabra en el contraste entre Dios y el pueblo pecador nunca es el juicio y el castigo, sino el amor y el perdón»; S. JUAN PABLO II, *Audiencia General*, 13-VIII-2003, n.3: «la última palabra del Dios Justo sigue siendo la del amor y el perdón».

<sup>62</sup> BENEDICTO XVI. *Discurso a la Curia Romana*, 22-XII-2005.

<sup>63</sup> S. JUAN PABLO II, *Ángelus, Domingo de la Misericordia*, 23-IV-1995. Cf. S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 3-V-2000, n.3; S. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 100 y 105. Cf. S. JUAN PABLO II, *Reconciliatio et paenitentia*, 23; S. JUAN PABLO II, *Discurso a los jóvenes de acción católica*, 20-XII-1980, nn. 2 y 3: «el amor de Dios es más fuerte que toda destrucción».

Santa Faustina, secundando las inspiraciones que Dios le hizo, proclamó que el mundo solo alcanzará la paz sobre la guerra, la violencia, cuando invoque a la misericordia<sup>64</sup>. El resplandor de la misericordia capaz a su vez de eclipsar los horrores del pecado de estos tiempos se acrecentará en la medida en que se suplique a Dios su misericordia infinita. Pero la humanidad ha de acoger este específico mensaje para aplacar el mal y derribar las barreras que separan de Dios. De modo muy convencido, Juan Pablo II contribuyó enormemente a esta difusión, pidiendo que se acogiera ese mensaje de consolución para el mundo. No dejó de insistir en que por mucho que el mal haya aumentado sus efectos devastadores: “el anuncio de la victoria de Cristo sobre el mal nos da la certeza de que incluso las estructuras más consolidadas por el mal pueden ser vencidas y sustituidas por estructuras de bien”<sup>65</sup>. En Collevaenza reza con fuerza profesando otra vez más “que el amor misericordioso es más potente que cualquier mal que se acumula sobre el hombre y el mundo”<sup>66</sup>.

En su último libro escrito *Memoria e identidad* remarcó esta idea con gran firmeza, a modo de legado de su vida. Manifestó que en la economía divina de la historia humana la misericordia se acaba imponiendo como una frontera infranqueable por el mal: “Es como si Cristo hubiera querido revelar que el límite impuesto al mal, cuyo causante y víctima resulta ser el hombre, es en definitiva la Divina Misericordia”<sup>67</sup>.

La misericordia consiste, por tanto, en el acto último y supremo con el cual Dios viene al encuentro del hombre para rescatarlo. No le abandona ni tampoco deja al mundo a merced del pecado, porque este nunca llegará a constituir el definitivo y último mensaje. El infinito – ilimitado- amor de un Dios que perdona nunca podrá ser superado por el pecado del hombre. De ahí que la misericordia sea el límite impuesto al mal. La misericordia y el

---

<sup>64</sup> Cf. F. KOWALSKA, *Diario: La Divina Misericordia en mi alma*, Ed. Padres Marianos de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María: Stockbridge (Massachussets), 2001,132.

<sup>65</sup> S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 25-VIII-1999, n.3. También Cf. S. JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis*, 39.

<sup>66</sup> S. JUAN PABLO II. *Homilía en el santuario del Amor Misericordioso*. Collevaenza (Italia), 22-XI-1981

<sup>67</sup> S. JUAN PABLO II, *Memoria e identidad*, op.cit., 73.

perdón revelan y manifiestan en toda su grandeza la omnipotencia divina<sup>68</sup> y esta no conoce límite alguno.

En palabras de Faustina: “Aunque el pecado sea un abismo de maldad e ingratitud, el precio pagado por nosotros jamás podrá ser igualado. Por tanto, que cada alma confíe en la pasión del Señor y que ponga su esperanza en su Misericordia. Dios no le negará su Misericordia a nadie. El cielo y la tierra podrán cambiar, pero jamás se agotará la Misericordia de Dios”<sup>69</sup>, y es inagotable porque eterna es su misericordia<sup>70</sup>.

El Papa apremiado por esta espiritualidad y devoción, la apuntalará teológicamente en sus escritos: “no hay pecado humano que pueda prevalecer por encima de esa fuerza y ni siquiera que la limite”<sup>71</sup>. El corazón de Jesucristo es superior al corazón humano más pervertido y de cual broten los peores males y miserias, porque el misterio destructor del pecado (misterio de iniquidad) es muy inferior al misterio vivificador de la muerte y resurrección de Cristo que vence al pecado (misterio de piedad)<sup>72</sup>. Un corazón que no descansa hasta la disolución del pecado humano. La infinitud de la misericordia siempre sobrepasa la finitud del pecado, aunque este sea muy repetitivo, o los pecados sean “tan negros como la noche”, o hayan sido perdonados multitud de veces o parezcan imperdonables por su gravedad. Por eso el límite impuesto al mal es la misericordia, “donde todo acaba y todo comienza”<sup>73</sup> como afirmaba Juan Pablo.

---

<sup>68</sup> Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q.30, a.4

<sup>69</sup> SANTA FAUSTINA KOWALSKA, *Diario*, op.cit., 72 (30)

<sup>70</sup> Sal 136.

<sup>71</sup> S. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* 83. También Cf. S. JUAN PABLO II, *Mensaje al Cardenal William W. Baum (penitenciario mayor) y a los confesores*, 1-IV-2000, n.6: «el amor misericordioso de Dios, que invita a volver y está dispuesto a perdonar, no tiene límites ni de tiempo ni de lugar».

<sup>72</sup> E. GARCÍA-SÁNCHEZ, “Estudio de la Misericordia divina en Juan Pablo II”.

<sup>73</sup> S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 24-X-2000.

7.1 Hijo Pródigo, Calvario/Dimas, Auschwitz/Maximiliano Kolbe, Ali Agca: triunfos de la misericordia

“Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie se las daba”<sup>74</sup>. En el momento más crítico de su existencia, el hijo pródigo decide volver —volver a la vida— al recuperar la memoria de su filiación divina. Recuerda el Papa la “cantidad de retornos a Dios que ha facilitado a lo largo de los siglos la lectura de esta parábola ¡Cuanta esperanza ha encendido en los corazones!”<sup>75</sup>. El pródigo inicia el retorno arrepentido cuando reconoce que es hijo de un padre, más aún, que es hijo porque tiene un padre. El vivo recuerdo que le revuelve por dentro no es el de un padre cualquiera, sino el del mejor de los padres, aquel que es rico en el bien máspreciado de todos los que puede existir en la tierra: el amor misericordioso. No decide volver por conseguir otros bienes distintos al bien de la misericordia sino porque el único bien que le puede sacar del mal, de su vacío existencial, y de la tortura de su culpa es precisamente el perdón, y ese lo tiene asegurado desde siempre en la casa de su padre. De todas formas, aunque lo que el pródigo buscaba era la inmediatez del perdón y el justo castigo, se encontró a la vuelta con algo todavía mayor: el amor de su padre.

Redescubre en toda su hondura que el padre le ama y por eso le perdona, porque el perdón está incluido en el amor. Y le ama porque es su hijo, y es su hijo siempre también cuando obra mal. El padre nunca dejar de ser padre —y padre misericordioso— por la maldad del hijo. Es padre siempre, y no renuncia nunca a su paternidad, aunque el hijo renuncie a su filiación. Como subraya el Papa comentando esta parábola, el padre siempre está dispuesto a perdonar porque ni tiene límite alguno ni de tiempo ni de lugar: la misericordia es inagotable<sup>76</sup>.

Esto en definitiva conmueve al hijo, la confirmación de que nunca había perdido a su padre, y de que este ya la había perdonado desde el primer momento de irse con la herencia. Recupera la nostalgia de un padre —la nostal-

---

<sup>74</sup> *Luc 15, 11-32.*

<sup>75</sup> S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 15-IV-1992.

<sup>76</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 19-V-2004, n.5.

gia de Dios<sup>77</sup>— que no ha dejado de atraerle hacia sí, hacia su vida de amor. Recrea en su corazón y en su mente la figura del padre, al cual precisamente mató en su interior al pedirle la herencia.<sup>78</sup> El hijo pródigo, muerto espiritualmente, volvió a la vida y nació de nuevo solo cuando decidió que su padre renaciera en su interior.

Salir del mal, traspasarlo y superar su límite es volver al padre, a su casa, y la casa —el corazón— del padre no es sino el esplendor de la misericordia, la fuerza para eclipsar al mal y aniquilarlo. Y en el hogar paterno, la victoria de la misericordia sobre el mal se celebra con solemnidad previo arrepentimiento. La fiesta de la misericordia por vencer al mal es la fiesta de la recreación del hombre que ha sido perdonado de su pecado. El sacramento de la confesión queda así descrito por el Papa como “la fiesta del perdón”<sup>79</sup>. Porque perdonar significa precisamente la alegría de volver a nacer en las entrañas misericordiosas de Dios. Volver a la vida por la vía de la misericordia es el regreso directo al Paraíso, dejando de nuevo que Dios sea Padre misericordioso, permitiéndole recrear su Imagen en el hombre perdonado. El hombre solo puede asumir todo el valor que posee desde el reconocimiento de la misericordia de Dios hacia él. Quedaría incompleta su dignidad si desconociera este atributo esencial de Dios<sup>80</sup>.

En el Calvario, cuando todo parecía hundirse y el mal a punto de proclamarse vencedor, sobresale en su máximo esplendor la misericordia del Hijo de Dios. Jesucristo murió por amor e implorando el perdón para la humanidad, para sus maltratadores y perdonando a Dimas, el buen ladrón. Como apuntó Juan Pablo II acerca de esta última escena visitando una cárcel en Venecia: “se trata de la primera y más bella imagen de la nueva humanidad recreada, la humanidad de la misericordia y del perdón”<sup>81</sup>. Un hombre que encarnaba el mal, un criminal —condenado por sus delitos y arrepentido de ellos— se convierte en santo en el último momento de su vida por medio de

---

<sup>77</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Mensaje con ocasión de la XIV Jornada Mundial de la Juventud*, n.º.2.

<sup>78</sup> Cf. P. MARTÍ DEL MORAL, *El rostro del amor*, op.cit., 75-76

<sup>79</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 15-IV-1992.

<sup>80</sup> Cf. J. SESÉ, *En intimidad de amor con Dios*, op.cit.,149.

<sup>81</sup> S. JUAN PABLO II, *Homilía en la cárcel de Venecia*, 17-VI-1985, n.9.

la misericordia. El ladrón al recibir de Jesucristo el perdón integral<sup>82</sup> y entrar en el Paraíso, constituye el primer fruto de la misericordia redentora y confirma que ni el pecado ni ningún mal tienen la última palabra, porque esta será la misericordia. Siempre será así en todos los episodios que describen la historial del mal en el mundo: ante el exceso de destrucción y el aparente triunfo del mal, sobreabunda el bien resistiendo al mal. En el Calvario, la infinitud de la misericordia superó la finitud del mal, aun tratándose del mayor mal cometido en la historia de la humanidad: la muerte del Hijo de Dios a mano de los hombres. Jesucristo, obrando la Redención, estaba derrotando al mal y a la misma muerte<sup>83</sup>, sentenciando que ningún mal, por superior que parezca, tiene poder alguno sobre Dios. En definitiva, como concluyó el Papa en la última estación del Vía Crucis del año santo 2000: “el sepulcro vacío es el signo de la victoria definitiva, de la verdad sobre la mentira, del bien sobre el mal, de la misericordia sobre el pecado, de la vida sobre la muerte”<sup>84</sup>.

Resultan ilustrativos los paralelismos que hizo el Papa entre el Calvario y Auschwitz a raíz del martirio del franciscano Maximiliano Kolbe. Deportado al campo de concentración de Auschwitz, un día de verano de 1940 salió de las filas para ocupar el lugar de un padre de familia, condenado con otros nueve prisioneros a esperar en un bunker a morir de hambre por la improbable captura de un evadido. Después de catorce días de lenta agonía en el bunker del hambre, Maximiliano Kolbe, que había sobrevivido a sus compañeros, fue liquidado con una inyección de fenol y trasladado al horno crematorio el 15 de agosto<sup>85</sup>. Con su entrega no solo salvó a Francisco Gajowniczek, sino que ayudó a los nueve restantes que se encontraban en el mismo bunker preparándolos a buen morir. De nuevo, en medio del mal y del horror, emerge victoriosa la presencia del amor misericordioso, haciendo

---

<sup>82</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 16-XI-1988, n.7.

<sup>83</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Tertio millennio adveniente*, 7; Cf. S. JUAN PABLO II, *Homilía de en Elblag (Polonia)*, el 6-VI-1999, n.5: «El Sagrado Corazón de Jesús es fuente de santidad pues en él ha quedado derrotado el pecado».

<sup>84</sup> S. JUAN PABLO II, *Vía Crucis, decimocuarta estación, viernes santo año 2000*.

<sup>85</sup> Cf. A. FROSSARD, A., *Retrato de Juan Pablo II*, Planeta, colección documento, Barcelona, 1989, pp. 147-149; M. MALINSKI, *Juan Pablo II. Historia de un hombre*, Planeta, Barcelona 1994, p. 32.

preguntarse al Papa: “¿Acaso no se convirtió san Maximiliano Kolbe, con su sacrificio, en un signo de victoria sobre el mal en el campo de exterminio en Auschwitz?”<sup>86</sup>. A imitación de Jesucristo en el calvario, Maximiliano consiguió una victoria dando la vida heroicamente, repitiendo el mayor acto posible de caridad hacia los demás. Fue un reflejo y un testimonio lúcido del triunfo de Jesucristo sobre el pecado. Se trataba, como afirmó el Papa en su primera visita a Auschwitz recordando a Maximiliano, de una victoria por medio de la fe y del amor en un lugar construido para el odio y para pisotear todos los signos de la dignidad humana<sup>87</sup>. El espíritu del perdón del Padre Kolbe —canonizado por Juan Pablo II como mártir<sup>88</sup>—, rompía el ciclo infernal del odio, y la muerte sufrida libremente por amor se convertía de nuevo en el máximo acto de la misericordia. El aniquilamiento del hombre era superado de nuevo por la misericordia divina. La vida y muerte de San Maximiliano marcó profundamente la vida de Juan Pablo II, convirtiéndose en un modelo de misericordia, un modelo de sacerdote<sup>89</sup>.

Y, por último, en relación con el atentado de Ali Agca el 13 de mayo de 1981 refiere el Papa tras su recuperación que la extraordinaria protección maternal se manifestó más fuerte que el proyectil mortífero<sup>90</sup>. Comentó que “gracias a la misericordia del Señor no fui aniquilado”<sup>91</sup>. Pero no quiso el Papa solamente agradecer seguir vivo, sino que, de su mano, la misericordia fue más allá de la malicia terrorista hasta alcanzar su máxima expresión perdonando a su autor. Al domingo siguiente del atentado sus primeras palabras públicas fueron de perdón: “Os doy las gracias conmovido por vuestras oraciones [...] Rezo por la persona, por el hermano que me ha herido, al cual sinceramente he perdonado”<sup>92</sup>. Tiempo después, quiso visitarle en la cárcel

---

<sup>86</sup> S. JUAN PABLO II, *Memoria e identidad*, op.cit., 56.

<sup>87</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Homilía del 7 de junio de 1979 en Auschwitz- Brzeznska*

<sup>88</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Homilía de canonización del Beato Maximiliano Kolbe, 10 de octubre de 1982*.

<sup>89</sup> Cf. G. WEIGEL, *Biografía de Juan Pablo II*, op.cit., 117-118.

<sup>90</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 7-X-1981, n.6. Cf. S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 14-X-1981, n.1.

<sup>91</sup> *L'Osservatore Romano*, 23 de agosto de 1981.

<sup>92</sup> S. JUAN PABLO II, *Ángelus*, 18-V-1981. Cf. También en la *Audiencia general*, 21-IX-1981

para llevarle personalmente su perdón el 23 de diciembre de 1983<sup>93</sup>. Juan Pablo relata una parte de ese encuentro en su último libro *Memoria e Identidad* que merece la pena relatarlo: “Durante el tiempo de Navidad de 1983 visité al autor del atentado en la cárcel. Conversamos largamente [...]. Ali Agká había intuido probablemente que, por encima de su poder de disparar y de matar, había una fuerza superior. Y entonces, había comenzado a buscarla. Espero que la haya encontrado”<sup>94</sup>. El Papa le transmitió la paz porque el propio terrorista “llegó a pensar y a temer que esa Diosa de Fátima salvó al Papa para destruirlo a él”; ¿quién es esa Fátima? Porque yo sé disparar, y tiré a matar”. Pero el Santo Padre le explicó que María era la Madre de Dios que amaba a todo el mundo y que no le temiera.<sup>95</sup> Al poco del atentado, en sus primeras audiencias públicas se dedicó a hablar del perdón, a recordar la misericordia y su fuerza ilimitada: “Rezo hoy aquí para profesar que el amor misericordioso es más potente que cualquier mal que se acumula sobre el hombre y el mundo. ¡Amor misericordioso sé constantemente más grande que todo el mal que hay en el hombre y en el mundo! ¡Sé más grande que ese mal, que ha crecido en nuestro siglo y en nuestra generación!”<sup>96</sup>. Reflexiones muy similares volvió a hacer conmovido al año siguiente en el Santuario de Fátima a donde fue a dar gracias y a recordar de nuevo la superioridad de la misericordia: “¡Que se muestre una vez más en la historia del mundo, la fuerza infinita del Amor Misericordioso! ¡Que ese amor destruya el mal!”<sup>97</sup>. Finalmente el Papa solicitó expresamente que se le indultara la pena de prisión<sup>98</sup>.

\* \* \*

---

<sup>93</sup> SZULC, T., *El Papa Juan Pablo II*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1995, 361.

<sup>94</sup> S. JUAN PABLO II, *Memoria e identidad*, op.cit., 203.

<sup>95</sup> G. WEIGEL, *Biografía de Juan Pablo II*, op.cit., 636; P. GÓMEZ BORREGO, *Adiós, Juan Pablo, Amigo*, op.cit., 111.

<sup>96</sup> S. JUAN PABLO II, *Homilía en el Santuario del Amor Misericordioso en Collevaenza*, 22-XI-1981, n.6. Cf. S. JUAN PABLO II, *Ángelus en Collevaenza*, 22-XI-1981.

<sup>97</sup> *Ibid.*,

<sup>98</sup> *L'Osservatore Romano* -25 de mayo de 2001 (269). 278-279.

Con toda su vida y obras, Juan Pablo II ha querido devolver al mundo y al hombre lo que se le había extirpado de su corazón: la idea misma de la misericordia encarnada de modo perfecto en Jesucristo. Convirtió su vida en la misión de recuperar la verdad sobre la misericordia, reconstruyendo la figura del Padre a través de su hijo Jesucristo, muerto y resucitado y en quién la misericordia alcanza su culmen<sup>99</sup>. Desafió a las filosofías de la muerte de Dios y contrarrestó las doctrinas contra el padre engrandeciendo este atributo esencial de Dios. No solo la hizo más visible con el testimonio de su vida, sino que proclamó a la humanidad la superioridad del amor misericordioso sobre el mal.

En su último viaje a Polonia, en agosto de 2002 consagró el mundo a la Divina Misericordia en la ceremonia de consagración del Santuario de la Divina Misericordia en Lagiewniki (Cracovia), centro mundial del culto a Jesús Misericordioso. Juan Pablo II manifestó entonces con gran evidencia que el mensaje de la divina misericordia no se puede separar del hombre de hoy, que necesita más que nunca oír hablar de ella. Para el hombre moderno que vive entre temores e incertidumbres, rodeado de manifestaciones del mal “fuera de la misericordia, no existe otra fuente de esperanza”<sup>100</sup>.

---

<sup>99</sup> Cf. S. JUAN PABLO II, *Redemptoris misio*, n.44.

<sup>100</sup> S. JUAN PABLO II, *Homilía en el rito de consagración del santuario de la Misericordia Divina. Cracovia-Lagiewniki, 17-VIII-2002*.